

JOSHE VISHENTE ARTOLA

QUIEN de los que hace veinticinco años vivía en Rentería, no conocía al popular, si que también estrafalario Joshe Vishente Artola?

No solamente conociale todo el vecindario de Rentería, sino también buena parte de los que habitaban en los pueblos circundantes.

¿No recibirían acaso de vez en vez, motivos de tener algún recuerdo de Joshe Vishente, recuerdo quizá envuelto en ira, conmisericordia o simpatía?

Sin duda alguna, él era él y su carácter indomable, no daba tregua a sus traviosos instintos; dentro siempre, eso sí, del ambiente de simpatía de todos, menos de la víctima de sus travesuras.

¿Que como era él y que hacía? No le sería fácil al laureado pintor de *Procesión del Corpus* señor Salaverria, trasladar al lienzo la figura estrambótica de nuestro paisano y la sutil pluma del celebrado autor Muñoz Seca, mal había de verse tachando y renovando muchísimas cuartillas antes de encuadrar dignamente en el papel del actor, el tipo representativo de Joshe Vishente.

Y nosotros pobres diablos, nos atrevemos a emprender tarea tan difícil confiados eso sí, en que el lector perdonará nuestra osadía, y vaya por delante nuestro agradecimiento.

Su andar de cojo muy pronunciado, no era majestuoso, verdad es; pero sabe Dios si en esta época de contagio o moda, no se trataría de imitarsele, siquiera con las bocinas de los autos.

Un saltito sobre su pierna izquierda y caída inmediatamente sobre la derecha; otro saltito del mismo modo y así sucesivamente y a marcha rápida lo mismo que si siguiera el compás que marca el canto de una perdiz.

Así caminaba Artola, al par que daba intencionadamente empujones a unos, codazos a otros, permitiéndose también dar puntazos de pie, a perros, gallinas, gatos y todo bicho viviente que hallaba al paso; así armaba al momento un *Jazz-Band* con toda clase de sonidos guturales; un *Jazz-Band* dilatado y en marcha, ya que empezaba a las puertas de su casa por la mañana y terminaba a su regreso por la noche.

Pueden ustedes figurarse la estela de pánico y desconcierto que dejaba en la vía pública semejante concierto; pero bien se cuidarían todos de amenazarle; ni siquiera llamar la atención; ¡chitón! y hasta la próxima.

Semimanco, pues tenía su brazo izquierdo retorcido, como si tuviera que jugar a la pelota con el revés y el caminar tan peculiar que tenía, le obligaba a balancear su brazo de izquierda a derecha por delante de la barriguita, que vista de noche su silueta, parecía enteramente un tocador de violón en marcha.

¡Ah! y que no se le ocurriera a nadie tender la mano para saludarle, porque si la cogía entre los dedos de la mano lisiada, dedos contraídos también y fuertemente arrimados siempre a la palma de la mano, podía el cortés ciudadano que lo pretendiera, pronunciar un ¡ay! cerrar los ojos, doblar el ombligo y comenzar a presenciar una sesión de fuegos artificiales con lágrimas, estrellitas y todo.

Rakú poseía la fuerza que se necesita para aplastar entre los dedos de la mano, una manzana, patata u otra fruta por dura que esta fuese, ejerciendo una enorme presión de los dedos y hechaba la famosa llave en sus luchas con los hombres más fuertes, produciendo en ellos la inactividad instantánea, pues bien, Artola era capaz de todo ello y además, de inflar las narices a todos los Rakus y Eltzekondos, porque eso de echar la llave..... para él era poca cosa.

Una puerta la echaba y un saco de maíz o harina al hombro, si necesitaba comprar una *shorta* de cigarros de diez céntimos.

Diez segundos de reflexión, mirando hacia el firmamento, mientras hacia trenza con los dedos de ambas manos, una carejada *sarcástica* como dijo un orador renteriano y..... ¡a la una! ¡a las dos! ¡a las tres! sin preocuparse de si le miraban, acechaban o vigilaban; sin centinelas, en pleno día, se cogía *noblemente* (en lo que cabe) un pan, un jamón, un saco de harina o lo que fuere y ya lo teníamos a los cinco minutos, del brazo, acompañado de un bravo miquelete, de esos que lucharon en la última guerra civil, sobrepasando un codo sobre el miquete, cuando se apoyaba sobre el pié derecho y descendiendo por debajo de la barba cuando sobre el izquierdo, ¡thúm!..... ¡ku thúm!..... ¡thúm!..... ku thúm! caminito del calabozo; pero sin dejar de soltar periódicamente sus estridentes carcajadas, solo por el hecho quizás, de parecerle grande y colorada la nariz del miquelete.

Su cara se alargaba al abrir la boca para reírse, lo mismo que un acordeón y enseñaba al propio tiempo una dentadura con sus buenos huequecitos, que le producían en su expresión parlante una *ese*..... ¡vamos! que era un encanto de dulzura,

Un poco feillo *eraba* como él decía y cierto es también que le faltaba tiempo por sus múltiples quehaceres, pero..... ¡si se hubiese dedicado al amor!..... ¡bueno! por su físico, por su ingenio, o por su justamente temido brazo retorcido..... ¡tí!..... ¡ta!..... ¡plá!..... ¡ya está!..... ¡se acabó! no hay damita que hubiese resistido.

Y ¿torero? nadie que le haya visto es capaz de decir, que jamás presencié faenas como las suyas ante los toros y no se exagera al afirmar esta verdad.

En aquella época se celebraban las fiestas de la Magdalena, incluyendo en el programa corridas de novillos embolados; por la mañana temprano, después de misa mayor, y la corrida oficial a las cuatro y media de la tarde, con asistencia de la autoridad competente, y esto por lo menos durante tres días.

Diremos de pasada, que a la sazón Rentería contaba con otros *toreros* creados en el almacén de Fermín, exclusivamente para las fiestas; los Aso, Trini el barbero, Tripaki y Mari-Trampa, Zalacain y otros que no recordamos.

Todos ellos formaban la cuadrilla y ya previamente solicitaban permiso del alcalde y trataban hasta el *Pasoole* que tenía que tocar la Banda Municipal para el paseo de las cuadrillas.

Había en ello sus pequeñas discrepancias, por hallarse entre los tres que componían la comisión de la Banda Municipal, un músico belga (flamenco) que era a la vez montador de la Papelera Vasco Belga.

Este se aferraba al propósito, de que se debía de tocar a la salida de la cuadrilla, la marcha de San Juan, en vez de un pasodoble flamenco, marcha tan bonita, alegre y airosa como era la del Santo y que a él gustaba tanto.

Como esto consideraban los *toreros* un disparate, se negaban a salir al son de la Marcha de San Juan y cansado de discutir les dijo Jean (*Shan el belgicano*) como así se le llamaba.

¡Sí! ¡sí! ¡buena cuadrilla!... pa comer cordero!

Joshe Vishente, jamás quiso mezclarse con ellos, él tenía su propia escuela, su arte y algo más, y este era su secreto, y a él le importaba poco que tocasen una u otra pieza musical, solamente le gustaba el *Andre Madalen*.

Así las cosas, llegó el momento de la corrida oficial del día de la Magdalena.

Pasó la hora señalada y allí en un extremo de la plaza vemos a la cuadrilla preparada con media hora de antelación.

Hacían gestos y señas al alcalde, exigiendo ordenase tocar el pasodoble y la primera autoridad local estaba amodorrada de una congestión, consecuencia de la *tripa feza*; pero el fiél ordenanza que estaba ansioso de disparar su gruesa de cohetes, toca lo más suavemente que puede el hombro de su patron y le señala con el brazo izquierdo el punto donde la cuadrilla sigue gesticulando.

Suenan las primeras notas del pasodoble y sale la cuadrilla ¡Dios mío! parecía que el pueblo crugía; risas, aplausos, gritos, cohetes, ¡el delirio!

El arrogante y decidido Zalacain vestido como para un auresku, iba a la cabeza repartiendo guiñitos y sonrisas a los balcones; detras iban Tripaki y Trini el barbero, apostrofándose porque el segundo le había pisado por detrás, sacándole la alpargata y a unos sesenta metros de estos el único picador, famoso Mari-Trampa dando una tanda de garrotazos al caballo que el barrendero municipal le prestó para la fiesta.

La pobre bestia no quería moverse por todo cuanto hacia. Mari-Trampa al par que castigaba a su rocín, gritaba desde su cabalgadura a los de las cuadrillas diciéndoles.

¡Saozte pishka bat!.... Kirten arrayuak!

Así las cosas, saltando desde lo alto de la valla y en un segundo, se planta en los medios, nuestro Joshe Vishente; llega al colmo el espantoso griterío y la algarada.

Lleva los pantalones remangados hasta las rodillas; ¿medias?.... color carne con algunos rasgos antihigiénicos, un enorme turbante por montera y una arpillerá cruzándole desde el hombro a la cintura.

Sin ninguna ceremonia previa, se quita el turbante y le lanza al cabo de miqueletes (cariños) y muestra la cabeza como un melón, afeitado totalmente, conservando solo un círculo pequeño de cabello en la parte donde los grandes toreros llevan ese aditamento ridículo, llamado coleta.

A tal extremo llega el regocijo popular, que el ordenanza municipal prendió fuego sin darse cuenta al disparar cohetes, a la colgadura que circundaba el sobre-toril, en el que se hallaba todo lo mejorcito del pueblo y todos los convidados forasteros.

Sopla el pobre ordenanza con furia, para tratar de apagar el incendio y pone en peligro el contenido de su estómago al que tanto anhelo prestó desde un mes antes.

Sin enterarse ni preocuparle para nada de todo cuánto ocurría en la plaza ni a su alrededor, el tesorero del Ayuntamiento cumple, para él, sagrada misión, de lanzar en el aire globos grotescos, y que nadie fuera entonces a molestarle con peticiones de dinero, muy constantes durante los festejos; ya tenía para todos consabida contestación ¡vete al...!

Por fin el alcalde ordena la salida del primer novillo y el cornetín *Telleo* encargado de tocar, está tocado y le fallan las notas por resbalarse la boquilla del instrumento, a causa de tener *mojados* los labios.

Pero el gran *Mutro* supe con el tambor y sale lentamente el novillo, vuélvese hacia el toril, cuchichea algo con su amo y vaquero y continúa plaza adelante.

Trini el barbero, tiembla, y de donde se halla, no puede huir como sería su deseo; se le acerca el novillo, consigue Trini darle la espalda, pero el morlaco fiel cumplidor de su misión, le suelta un topetazo matemático, que a dos metros de distancia lo deja arrodillado, vuelve a acercarse el novillo y cuidadosamente y cogiendo con las astas por los sobacos lo pone de pies y hay quien dice que oyó decir al morlaco, ¡anda! ¡vete! que tú no sirves para esto.

Iba el novillo sin duda a dar parte a su amo de la baja producida, para obtener luego el premio al trabajo, y tropieza con Aso, a quien cogiéndolo por las descansaderas lo levanta, no mucho y el pobre hombre lanzó un ¡ay! ¡ama! que al toro se le escaparon lágrimas de compasión.

En sus correrías del novillo por las cercanías de la barrera, vé un hueco que unos tímidos dejaron y se lanza por él saliendo de estampía con dirección a Lezo, su pueblo natal; salen en persecución Zalacain y Artola y lo cogen frente a la Estación del Norte y lo trae Zalacain (rigurosamente cierto) cogida la cabeza debajo de su brazo izquierdo y la capa a lo Reverte en el derecho.

Artola aprovechando este pintoresco grupo viene detrás, arrodillándose unas veces ante el trasero del bicho, haciendo quiebros, tratándolo de limpiarle con la arpillera el trasero, otras veces y en esta postura llegan a la plaza, Zalacain con el bicho cogido debajo del brazo como si fuese una gran cartera y Artola hecho una basura a causa de las emanaciones del tubo de escape del novillo.

Suelto éste, nuevamente empieza a desarrollar su labor nuestro Joshe Vishente.

Verónicas, quiebros, faroles y ya harto de todo, se arrodillaba ante el bicho, le besaba el testuz, le escupe, en fin, todo cuanto se le antojaba.

En los cuatro novillos, más la repetición de uno o dos a instancia del público, eran toreados por Artola del mismo modo.

Llegó muchas veces a sentarse tocando la cara del bicho, dando frente, la espalda, costado, apoyando su cabeza entre las astas, en suma un sin fin de diabluras que no se concibe se hiciera lo que Artola, sino de perfecto acuerdo con los novillos.

Así transcurrieron todos los días, hasta que al fin, el último día cansado sin duda uno de los novillos, de tenerle enfrente siempre y en un momento que se estaba guaseándose de él dándole la espalda, le embistió con una furia tal, que le lanzó rozando con la cara el áspero suelo de la plaza y a una distancia de dos o tres metros.

Hubo un momento de gran emoción, su cuerpo se hallaba completamente inmóvil en tierra y el propio novillo parecía hallarse asustado de su obra.

Después de un buen rato y bajo un silencio sepulcral, se acercaron

cuatro jóvenes ¡¡horror!! toda la piel de la cara había desaparecido y él sin dar señales de vida.

La emoción se acentuaba y a hombros de los cuatro jóvenes, emprenden camino al hospital, acompañandoles el novillo al paso de ellos hasta la salida de la plaza.

La mitad del público que había en la plaza iba tras el supuesto cadáver y ya cuando la triste comitiva llegó a la mitad del camino tras un ligero movimiento de la cabeza y levantando en alto el brazo de las travesuras y llevando el compás, rompe a cantar desafortadamente la Marcha Real Española; sin duda se sentía más feliz que nunca.



Adiós Pacundo;
te largaste al otro mundo
sin decirle a nadie nada...!!

Este era nuestro jocoso, travieso, pintoresco y popularísimo Joshe Vishente Artola.

ENTREDÓS.

....Y LOS SUEÑOS SUEÑOS SON!!

VOY a contar a los queridos lectores de "RENERÍA" un sueño que tuve la pasada noche, en el que vi convertido en un hermoso Parque, propio para juegos infantiles, lo que hoy ocupa el mercado sito en la Plaza de los Fueros.

Soñé que lo que debía de ser no lo es y que por esta paradoja nos vemos privados los renterianos de un lugar agradable, ameno, poético y tranquilo, en el que las expansiones infantiles estuvieran exentas de los peligros que proporcionan los innumerables automóviles, tranvías y otros vehículos análogos y en el que el ambiente no fuera "enrarecido" por el polvo y los "perfumes" exhalados por la baja marea; y en que los mayores nos deleitásemos en ver convertido en Parque lo que hoy es "economato" de lechugas, etc., etc.

¡Pero ¡oh! ingrato despertar! La realidad descarnada no era el fuego imaginativo de mi mente, y aun cuando hubo de desdenarse mi ilusión, no quise evitar fuera cincelada en la "placa-fotográfica para ofrecérsela a los vecinos del pueblo de mis amores y al Ayuntamiento por si con su peculiar entusiasmo y amor a sus representados quiere o puede convertir en realidad lo que no fué nada más que un sueño.



Supongo que usted viniera cualquier día a Rentería; y viese «La Papelera» y «Olibet» y «La Lanera» y hasta «La Real Compañía»

Que comiera con fruición en el Restaurant Panier e hiciera la digestión con plena satisfacción como suele suceder.

Y pues nadie se lo veda; y usted es un mozo marchoso, va al baile, por su vereda, y en la frondosa Alameda se marca un *chotis* garboso.

Dedúcese de lo expuesto que usted ha pasado su día y cree que ha echado el resto;

pero yo digo que esto no es ver todo Rentería.

Hay cosa de más hechizo, alegre, amena y galana; usted, cuanto pudo hizo pero no vió lo castizo de la villa renteriana.

¿Qué es ello?—pregunta usted?

—Bueno, pues le quitaré al misterio su antifaz; ¿Qué ha de ser, hombre de Dios, sino El Café de la Paz? Como esta casa no hay dos.

Aquí hay un café sabroso, aromático, oloroso, que hace perder el sentido; Moka puro, garantido como néctar delicioso.

¡Licores! ¡Qué de licores! los más finos, los mejores, superiores, superfinos, digestivos, delicados y además, elaborados por Padres Benedictinos,

Cerveza fresca en barril servida en un dos por tres; juegos y atracciones mil y de noche, *varietés*.

Viajero, si vienes lleno de ansia de goce mayor, ven a este lugar ameno y fía en mi testimonio; ¡¡Café de la Paz!! de Antonio, de Antonio Bueno, que es bueno y aún podía ser mejor.

GRAN CAFE DE LA PAZ

VITERI, 11 y PLAZA DE LOS FUEROS
Teléfono núm. 7